

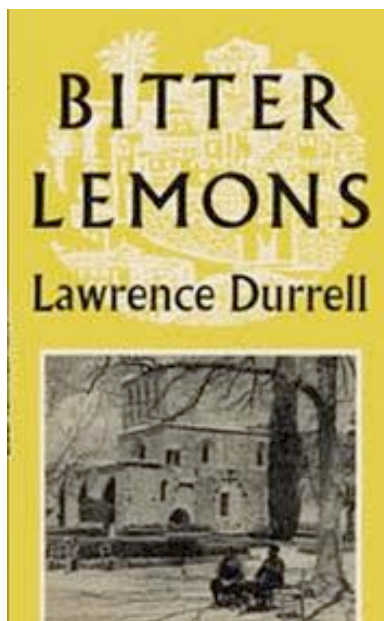
Memorialistas & Viajeros

Lawrence Durrell: "Limonos Amargos"

Bartolomé Leal, desde Santiago

¿Libro de memorias? ¿Autobiografía? ¿Relato de un viaje? Se puede decir que todo a la vez. Pero, por encima de clasificaciones, también se puede decir con seguridad: el encanto de la lectura no sabe de géneros. El libro describe los tres años, entre 1953 y 1956, en que el autor de ese hito de la narrativa erótica que es el *Cuarteto de Alejandría*, residió en la isla de Chipre en el Mediterráneo. Tras años opacos haciendo de diplomático en Argentina y Yugoslavia, relata el escritor británico nacido en Darjeeling, India, lo que más deseaba en la vida era retirarse, comprar una casa barata en un lugar tranquilo, de preferencia aislado, arreglarla a su modo y vivir sin saber del resto del mundo. ¿Para qué? Pues para escribir.

Explica Durrell la génesis de este libro (entre los seis que dedicó a sus peregrinajes): "Los viajes, como los artistas, nacen, no se hacen. Contribuyen a ellos un millar de distintas circunstancias, muy pocas de las cuales han sido deseadas o determinadas por la voluntad... Surgen en forma espontánea de las exigencias de nuestra naturaleza, y los mejores nos conducen, no sólo hacia afuera, hacia el espacio, sino también hacia adentro. Los viajes pueden ser una de las formas más compensatorias de la introspección". Tras lo que él califica de dudas éticas, termina por aceptar un trabajo en el gobierno colonial. Sus cortas finanzas lo obligan, así explica. Aunque también quiere ayudar a evitar un baño de sangre.



Hay momentos de gran humor en los inicios del libro cuando relata el proceso de encontrar una casa y acondicionarla en un pueblito de montaña llamado

Bellapaese por los venecianos (que Durrell rebautiza Bellapaix), lo que le hace relacionarse estrechamente con los habitantes locales, aprender rápidamente el idioma griego, gozar de las minucias de la cultura local, comer, divertirse, recibir amigos conocidos y parientes (su madre llega a instalarse por un tiempo y su hermano Gerald, destacado ecólogo, le hace una larga visita), amén de otros escritores. Muchos ingleses. La isla es por entonces una especie de colonia británica. Durrell asiste a un extraño fenómeno, que no explica bien pero repite: los ingleses son odiados porque se les siente invasores, pero son queridos porque representan la cordura y la civilización. Nos preguntamos: ¿no es este un espejo de la mentalidad colonial de siempre, por mucho que Lawrence Durrell no sea precisamente un invasor a la antigua?

Rimbaud anduvo por Chipre. Durrell ironiza: “Con su talento para saborear todos los extremos, el poeta francés no sólo se calcinó vivo en las canteras de Larnaka, de calor de horno, sino que además logró congelarse hasta quedar insensible en las óseas alturas de Troodos...”. Otros viajeros también deambularon por el lugar: “Para eso están las islas; son lugares donde diferentes destinos pueden encontrarse y cortarse en el pleno aislamiento del tiempo”. Chipre es rica en momentos olvidados de la historia, cuenta Durrell, invadida por Harun-al-Rashid, Alejandro Magno y Ricardo Corazón de León, que “la curtieron y erosionaron, apilando monumento sobre monumento. Las discordias de monarcas e imperios la tiñeron de sangre, fatigaron y refrescaron repetidas veces su paisaje con mezquitas y catedrales y fortalezas”. Y, bueno, San Pablo sufrió allí tormento, Marco Antonio le dio la isla a Cleopatra como un regalo, Afrodita instaló en Chipre su sede...

Las biografías de Lawrence Durrell destacan que se trataba de un gran bebedor, de botella de whisky diaria. A menudo hace el elogio de los vinos locales y de las sesiones de ingesta con sus amigos campesinos y trabajadores chipriotas. No obstante, todo suena muy sobrio en el libro. Tampoco aparecen relaciones afectivas con mujeres, ni siquiera menciones al pasar. Como broma, cuenta que dicta clases de inglés en un colegio y todas las alumnas adolescentes se enamoran de él. La ausencia de lo sexual es rara, sabiendo que Durrell fue un erotómano un tanto desafortunado, exigente y cruel con las damas (cuatro matrimonios). La leyenda cuenta que habría tenido una relación incestuosa con su hija Safo, que se suicidó a los 33 años repudiando a su padre. Una bella foto, en contraparte, lo muestra tierno y bromista con su hermosa hija Penélope, bailarina de ballet. Durrell, como su entrañable amigo Henry Miller, amaba el mundo clásico y escribió también sobre Corfú, Sicilia, las islas griegas, Atenas y el Partenón, la poetisa Safo de Lesbos, Cefalú, Rodas, Creta, Alejandría, la Provenza francesa...

Lawrence Durrell escribe coloridamente sobre personajes y situaciones, grandes paseos, las flores y las fiestas, la música, las montañas y las cascadas, las playas y las estatuas de la isla. Sobre todo, se refiere al llamado Árbol de la Ociosidad, bajo cuya sombra se refugian los bebedores. Recopila dichos que representan bien a ese pueblo burlón aunque pesimista. Como éste: “Si la piedra cae sobre el huevo,

pobre huevo... Si el huevo cae sobre la piedra, pobre huevo". Es feliz a su modo: "Había empezado a sentirme culpable de un acto de horrenda intimidad al tratar de establecerme en un lugar tan fantástico. ¿Era posible que alguien trabajase delante de semejante escenario de maravillas?". No faltan los estudiosos extravagantes en Chipre, como aquél que se dedica a investigar sobre Afroditá, la diosa de doble sexo: "Se preguntaba si la extraordinaria cantidad de hermafroditas que había en Chipre no hablaba quizá de una raza olvidada, creada para el servicio del templo".

Pero todo se empieza a descomponer. La Enosis, el concepto de la unidad griega que los chipriotas griegos hacen suya para liberarse de la dominación británica, es la fuente de tensiones, azuzadas por el clero, que maneja el poder político. Durrell es duro y habla del "estercolero" del odio religioso. Los turcos minoritarios están en contra de eso, pero también de los británicos. Las tensiones se hacen insoportables, y la amistad que Durrell busca entre sus campesinos y jornaleros, no funciona. Dice: "Revivieron de golpe las antiguas animosidades bárbaras que yacían enterradas en el corazón de turcos y griegos, y que hasta ahora unos y otros habían creído muertas para siempre". El terrorismo hace su aparición y se ve obligado a tomar partido. Es por lo demás un funcionario del gobierno colonial británico, encargado de Relaciones Públicas, nada menos. Con sutileza, hace notar lo profundamente equivocados que sus compatriotas están en el manejo de la situación.

Durrell abandona Chipre y su casa para nunca volver, cuando la isla cae en una brutal guerra civil, escindida entre chipriotas griegos y turcos, cristianos y musulmanes, irreconciliables hasta el crimen, como sucedería cuatro décadas después en los cercanos Balcanes. La consigna de matar a los ingleses, símbolo del poder colonial, lo devasta. De allí parte a París, donde vivirá por tres décadas y no retornará a Chipre. Tampoco a Inglaterra, a la que detestó desde su niñez. Hoy en día, tanto Bellapaix como la cercana Kirenia están en la zona turca de Chipre, y lo que él describe prácticamente no existe. Fin de un dulce paréntesis, el espejismo de un ideal de vida.



(Lawrence Durrell y su hija Penélope)